



RETAZOS DE UN PEQUEÑO PUEBLO DE MAINE

La autora estadounidense Elizabeth Strout coloca su lupa sobre un pequeño pueblo costero de Maine. Y ahí aparece la condición humana. En los pliegues de lo cotidiano, de lo anodino, comparten residencia el desencanto y los destellos de la felicidad. En el realismo de Strout la realidad no es nada complaciente. En los corazones locales y bajo los tópicos que la etiquetan como una arquetípica población estadounidense palpitan inquietudes universales. Amores imposibles enterrados por las circunstancias y por el paso del tiempo. Sorbos de calor producidos por pequeños destellos de felicidad y ternura. Desencantos ocultos bajo la rutina. Estaciones vacías por las que ya no pasará el siguiente tren. Los grandes temas de las pequeñas vidas. Retales cosidos por un hilo que da título a la obra: Olive Kitteridge, una antigua maestra, una mujer compleja, dura, poliédrica, a ratos dulce, ácida y amarga, como las historias que gravitan a su alrededor. Olive es una fuerte masilla que une los trozos de este libro híbrido, de una novela cortada en relatos.

El mosaico no es absoluto complaciente precisamente por



NOVELA

«Olive Kitteridge»

Elizabeth Strout. El Aleph. 324 páginas. 20 euros. ***

la humanidad que desprende. Los personajes creados por Strout, como la propia profesora Kitteridge, conmueven por sus flaquezas, sus errores, sus sendas siempre torcidas, nunca rectas ni fáciles. El joven que regresa a su pueblo para flirtear con el suicidio, el matrimonio supuestamente perfecto en el que tanto él como ella se han apoyado durante años en muletas prestadas, en el amor manso e inconfesable por otras parejas, la pianista de bar que combate cada

noche con alcohol su miedo escénico, el desarraigo de un jubilado en su propia casa... Todos cargan con un equipaje penoso, auténtico, dolorosamente reconocible. Strout los cobija bajo sus páginas y los muestra sin maquillaje, pero nunca los juzga, los deja caminar con su pesada carga.

Los relatos de esta obra son pequeñas pinceladas que van iluminando las caras desde diferentes perspectivas para componer un cuadro impresionista, una novela peculiar, sin pausas ni prisas, sin aditivos pretenciosos. Cada pieza aporta un nuevo tono con el que interpretar todo el conjunto. La narración, en estilo indirecto, en cierto modo se va moldeando según la perspectiva de los personajes, y deja fluir las historias sin sobresaltos, pero con firmeza para asestar el golpe preciso cuando se rebelan un repentino arrebato de melancolía, un impulso de rencor o el sabor de la traición. A veces, la ironía ofrece un respiro. En otras ocasiones, la bocanada de aire llega del paisaje, de los arcos y de ese mar rizado del que beben todos para bien y para mal. Un día cualquiera en un pequeño pueblo cualquiera.

Mariluz Ferreiro